

buscado la medicina de mi hija, en el clima, en todos los medios de que hablan los autores, en un cuidado especial; al verla morirse día á día, no me queda ya más que decir con el Dante, esas desconsoladoras palabras de un dolor sin tregua:

“Lasciate ogni speranza.”

Espero á usted, amigo mío, en uno de estos días, según me lo ha prometido.

¡Oh! venga usted, venga, porque necesito tener á mi lado un amigo con quien desahogar mi dolor, un amigo que me consuele y ayude en las tribulaciones.

Suspendo por ahora mi carta, porque Clemencia no debe tardar mucho tiempo en despertar y voy á ver el efecto que ha producido la última medicina que le he dado.”

El Doctor cerró silenciosamente la carta y corrió al lado de su hija, que en este mismo momento despertaba.



## CAPITULO XXII

### UN MUERTO ANTIGUO

Fernando había partido de México al amanecer del día siguiente al que lo hemos visto tan afligido y tan arrepentido. Al dejar tras de sí la opulenta capital, no pudo menos de lanzar un suspiro, por el tiempo de olvido y casi de prostitución que en ella había pasado, olvidado de Clemencia.

Peró la resolución del joven, aunque tardía, era irrevocable, y esto contribuyó en parte á hacerle recobrar su tranquilidad. Además, el país que atravesaba, era delicioso de contemplar, y muy capaz por sí solo de distraer un pesar por intenso que éste fuese.

Comenzaba á despuntar el día y el sol de los trópicos se levantaba majestuoso en el firmamento sobre la nevada cumbre del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, alumbrando, hacia la derecha, la laguna de Chalco y á la izquierda la de Texcoco, cuyas dormidas aguas semejaban dos inmensos espejos en que se contemplaba un cielo de un color azul de plata, á causa de la hora. Detrás de ellas se veían las torres de la opulenta capital: en segundo término la montaña de Ajusco y en lontananza esos infinitos pueblecillos, que están esparcidos en el sin par valle de México, como las flores de un ramillete que tiró al acaso una maga.

El joven almorzó en Ayotla, atravesó los bosques de Venta de Córdoba y Río Frío y durmió en la pequeña aldea de San Martín, en una mala posada.

Le pareció que entre los viajeros que se agolpaban en la sala de comer de la posada, había uno que creyó reconocer, y que al verle, ocultó su rostro debajo del ala de su sombrero y detrás del emboce de su "jorongo."

Pero no hizo atención á este incidente, y se durmió con ese sueño, con que se duerme á los veinte años, por más que los pesares estén desgarrando el corazón.

Al caer la tarde del siguiente día, se presentó á su vista la Puebla de los An-

geles, con las mil torres de sus conventos, cual nueva Roma del Nuevo Mundo; pasó la noche en el primer mesón que se presentó á su vista y volvió á partir al amanecer.

El joven contempló el magnífico espectáculo que presentaba el valle de Puebla, con sus volcanes de Popocatepetl é Ixtacihuatl, con su montaña de la Malinche, empapada de recuerdos y tradiciones de los aztecas, con las casas lejanas de sus haciendas, acariciadas por las brisas que formaban los suspiros del río de Atoyac, que muchos años después ha llenado de poesía Félix María Escalante.

Dejó atrás las pintorescas aldeas de Amozoc y Acajete, hoy ensangrentado con el recuerdo de Mejía, el desdichado General, una de las innumerables ilustres víctimas de nuestros errores políticos; se detuvo al medio día en Nopalucam y durmió en una venta destartada é inclemente que se llama hoy Tepyahualco y que se encuentra aislada como un centinela, en medio de un arrenal de doce leguas, que nombran del "Salado;" llanura tan semejante á las de Arabia, que al medio día se presenta el fenómeno físico del espejismo, que consiste en contemplar todos los sitios que la vista puede alcanzar, como inundados por el desborde de los mares, efec-

to de la refracción de los rayos solares. llanura en que se levantan remolinos de polvo, semejantes á los que el "simoun" forma en el Sahara.

Sólo otro viajero durmió en la solitaria venta.

Era un hombre muy pálido, rubio; pero perfectamnte cubierto su rostro por uno de esos especie de "schals," que desde tiempos inmemoriales han usado los viajeros mexicanos para resguardarse del viento, del polvo y la lluvia de los climas tropicales.

Montaba un hermoso y ligero potro, de esa raza del bajío, muy superior al caballo en que cabalgaba Fernando, y al entreabrir su finísimo "jorongo" del Saltillo para prepararse á caminar, dejó ver un par de magníficas pistolas, ceñidas á su cintura, además de una espada que azotaba los flancos de su montura.

Si Fernando hubiese estado menos preocupado, habría observado á este hombre que le seguía sin perderlo de vista á cierta distancia, galopando cuando él galopaba, refrenando su caballo para llevarle al paso, cuando él refrenaba; á fin de sin ser visto, mantenerse á una distancia cercana de él. Pero Fernando, llevando todo un mundo de recuerdos y esperanzas en su corazón, no podía hacer atención en un inciden-

te tan sencillo, como el de un viajero en medio de la ruta.

Así es que siguió caminando ignorante de la vigilancia de que era objeto.

El viajero, que poco más ó menos ya sabemos quién es, se reía con una risa infernal, murmurando:

—¡Miserable! has tenido el atrevimiento de insultarme de la manera que más ofende á un noble, despedazando un guante en mi rostro y ni tiempo tendrás para arrepentirte de ello, porque mi venganza está suspendida sobre tu cabeza y muy pronto va á anonadarte.

Dos aves de un tiro, como dicen, continuaba el siniestro amante de Doña Regina, hago un viaje por asuntos de interés á Veracruz, y el diablo, porque no puede ser otro, te arroja en medio de mi camino, descuidado, desarmado casi, pésimamente montado.

Creías haberme humillado.

¡Pobre halcón en las garras del milano! no es ciertamente la primera vez que abismo ante una bala todos esos bellos sueños de la juventud, de amor, de nobleza.

Pronto hará dos años que en los desiertos del Potosí, hice caer con una palabra la cabeza de un hombre que se creía triunfante apóstol de una causa que aborrezco, y vi caer á mis pies re-

torciéndose con las convulsiones de la agonía, á otro imbécil niño que había osado oponerse á mi paso, siempre directo, siempre seguro.

Ni una tumba encerró sus despojos; pero los milanos habrían dado buena cuenta de su cadáver.

Después de todo, no es tan mal país, como yo lo había creído al principio, esta Nueva España.

Se hace uno amigo del Virrey Venegas ó de Don Félix María Calleja; se les dan importantes noticias acerca de los insurgentes y se especula muy bien con el espionaje y la denuncia.

¡Bueno! ¡bueno! sigan así las cosas.

Y á este sangriento recuerdo y á esta infame esperanza, Don Juan se frotaba las manos riéndose, con una risa que daba miedo.

Al caer la tarde, se presentó á los ojos de ambos viajeros la sombría fortaleza de Perote, protegida por el apagado volcán del mismo nombre: fortaleza que ha encerrado muchos desdichados reos políticos, que ha escuchado muchos gemidos, que ha recogido muchas lágrimas y que guarda en su recinto los mortales despojos del General Don Guadalupe Victoria, primer Presidente de la República, uno de los hombres más valientes, más sufridos, más honrados que ha tenido México; un hombre que un

día en Oaxaca, arrojaba su espada á sus contrarios los españoles, y atravesaba á naído un foso, á cuya orilla opuesta les esperaban centenares de enemigos; exclamando:

—¡Cobardes, para batiros no necesito las armas!

Y los insurgentes se precipitaban detrás de él, y los españoles huían amedrentados de este rasgo sublime de valor espartano.

Durmieron en Perote, y al amanecer, helados de frío, comenzaron á descender al suelo de la provincia de Veracruz.

En el pueblecito de las Vigas, había una gran agitación, y los vecinos se reunían en grupos, hablando y gesticulando animadamente.

Acababa de pasar por allí vio'entemente una partida de insurgentes que iban á ocultarse, entre las asperezas rocallosas del "Malpaís," que es una erupción volcánica, cuya fecha se pierde en la noche de los siglos; para esperar un convoy español que se dirigía á México, y el cual había venido hostilizando desde Veracruz la tropa escasa que militaba á las órdenes de Don Guadalupe Victoria, para cumplir tan importante y peligrosa comisión.

Fernando se estremeció al escuchar el nombre del Capitán de la partida, que

había sido designado por Victoria para cumplir tan importante y peligrosa comisión.

Era un nombre que despertaba todos sus recuerdos de infancia más queridos, un nombre que hablaba dulcemente á su corazón, de épocas ya pasadas y que eran las más felices de su vida.

Era el nombre del Capitán de insurgentes que pronunciaban con más terror los soldados realistas, en todas las provincias de Veracruz y Puebla.

En el camino distinguió Fernando á un soldado que subía difícilmente por las rocas.

Lanzó al galope su caballo, y acercándose á él, le preguntó con un acento que mal disimulaba la emoción que sentía.

—¿Dónde se encuentra el Capitán? porque tengo que comunicarle una orden muy importante de parte del General.

—Después de habernos mandado ocultar entre las peñas, se ha adelantado para vigilar el camino desde aquellas tapias, respondió el soldado señalando las paredes lejanas de una especie de casuchón arruinado en una altura, entre las peñas.

—Gracias, buena amigo, dijo Fernando lanzando su caballo en la dirección indicada.

Pero un hombre que no le había visto

hablar con el soldado, puesto que le había adelantado una gran distancia, le esperaba en un recodo del camino, oculto por los peñascos y precisamente al pie de las tapias á que el joven se dirigía.

Había desnudado su espada de la vaina, suspendiéndola á su puño, mientras que en cada una de sus manos mantenía una pistola armada.

Era Don Juan, que se vengaba de un insulto hecho seis días antes, y que había escogido el lugar más solitario y más á propósito, para esperar oculto al joven, hacer fuego sobre él dos veces y acabarle de matar á estocadas.

Contaba con la mala ó ninguna defensa que le podía presentar Fernando, que no llevaba más arma que su espada, pendiente á su cintura descuidadamente; contaba con la estrechez y elevación del terreno por donde el joven tenía que pasar precisamente, siguiendo el camino de Jalapa, y contaba, además, con el abrigo que á él le daban las rotas paredes del destartado casuchón.

Pero desde una de las rotas ventanas, que como el ojo de un gigante se abría en la tapia que formaba ángulo, con la que protegía para sus villanos intentos al traidor Don Juan, había un hombre que medio oculto entre el yerbaje con que el tiempo había adornado el vetusto y sombrío edificio, observaba con atención sus movimientos.

Había escuchado los pasos de su caballo sobre el sendero, abierto casi entre las rocas, y había parado su atención; después había visto á un jinete, cuyo rostro no podía contemplar, porque estaba vuelto de espaldas y delante de él, detenerse y desnudar su espada, colgándola á su puño, sacar sus pistolas y montarlas, asegurándose antes del estado del cebo.

El hombre oculto dividía sus miradas entre el misterioso viajero y el camino de Jalapa, que por otra parte, estaba completamente solitario.

No se podía contemplar su rostro, porque hemos dicho que estaba dentro del edificio y oculto por el cortinaje de yerba; pero los escritores tenemos el privilegio de penetrar donde queremos, y el descaro de descubrir todos los secretos, por misteriosos que éstos sean.

Así es que lo haremos ver á nuestros lectores.

Era un joven de veinte á veintidós años de edad; alto, delgado, pálido, aunque algo tostada su fisonomía, como si hiciese algún tiempo que se exponía á la inclemencia y al desamor de la intemperie, sin habitar en poblacho.

Su fisonomía expresiva é inteligente, presentaba un sello particular de marcialidad, como si á pesar de su corta edad, estuviese el joven acostumbrado

al mando sobre masas indisciplinadas ó al cumplimiento de importantes y peligrosas empresas.

Sus ojos despedían una mirada viva, penetrante, inmediatamente escudriñadora de lo que pasaba á su alrededor; su boca formaba una sonrisa particular, en la que se podía leer una mezcla de ironía, de franqueza y de jovialidad.

Sobre su traje de paisano llevaba el joven con cierto desenfado, las insignias de su grado de Capitán de Insurgentes: un par de magníficas pistolas se ceñía á su cintura y á ella pendiente, colgaba un sable de enormes dimensiones.

—¿Quién será este hombre, que se aparece tan repentinamente, se pára aquí y se dispone como para un combate? murmuraba el joven, que como hemos dicho, no podía contemplar el rostro de Don Juan, que estaba vuelto de espaldas. No veo su cara; pero me parece que conozco esa apostura y creo que lo he visto en otro tiempo, pero no recuerdo cuándo ni dónde.

Tiene todas las trazas de un espía, enviado por el Comandante del convoy; pero ha caído en las astas del toro.

Observémosle.

Y el joven se preparaba á su doble espionaje.

Pero derrepente un estremecimiento corrió por todo su cuerpo, una profun-

da palidez veló su rostro, que se descompuso notablemente por una grave emoción, sus ojos chispearon de cólera, y llevando maquinalmente la mano á su espada iba á salvar de un brinco la distancia que lo separaba de aquel hombre.

Era que había visto, que estaba viendo el rostro de Don Juan, que se había adelantado hasta el nivel, casi de la ventana, para lanzar una mirada al camino que acababa de dejar atrás, y por donde venía acercándose Fernando.

Pero se contuvo y esperó el resultado de la maniobra de Don Juan.

Fernando, bañado el corazón de un recuerdo, el más grato de su infancia, se había absorbido en una profunda meditación, y con la cabeza caída sobre el pecho, se adelantaba al arruinado edificio, que le habían designado como albergue del terrible Capitán de Insurgentes, cuya emoción ya hemos presenciado.

Don Juan, en su misma postura hostil, se reía de la misma manera que se debe haber reído Satanás, cada vez que ha visto rodar á sus abismos un alma perdida para el cielo.

Desde el sitio que el joven Capitán ocupaba, dominando el camino, podía muy bien distinguir á los que avanzasen por el sendero.

Así es que con su mirada de águila vió

á Fernando que se acercaba, y un gozo infernal pintarse en el rostro del hombre, cuya presencia le había causado tan profunda impresión.

De manera que comenzó á comprender poco más ó menos la intención traidora de Don Juan.

Pero no podía reconocer aún al joven.

Derrepente, al volver éste el sendero y encontrarse, por consiguiente, á solo seis varas de la casa, se halló en frente de Don Juan, que le apuntaba con sus pistolas.

Lanzar un grito de horror, dar un brinco al suelo desde la ventana y ponerse de un salto al lado de Don Juan con la espada desnuda en la mano derecha y una pistola en la izquierda, fué para el joven capitán la obra de un segundo.

Acababa de reconocer á Fernando, en el momento de volver el recodo del camino, y antes de que pasase su sorpresa, no había tenido tiempo mas que para impedir el asesinato.

Pero ya era tarde.

Don Juan había hecho fuego á boca de jarro con una pistola, la bala fué á herir el flanco de su caballo, hiriendo también el muslo de Fernando.

El animal se encabritó, relinchó dolorosamente, arrojando al joven contra el

suelo, y delirante por el dolor que sentía se lanzó desenfrenado por los campos.

Fué tan violenta la acción, que Fernando no tuvo tiempo para agarrarse de su montura y rodó un largo trecho por las peñas.

Don Juan, con el sable levantado en una mano y una pistola en la otra, se acercó violentamente á él para acabarle de matar.

Pero entonces oyó un grito terrible á su espalda, y al volver el rostro, se halló frente á frente con el Capitán.

Al ver aquella fantasma que se levantaba amenazadora y espantosa como la conciencia, terrible y acusadora como la justicia, implacable como la cólera divina, fría y muda como la muerte, Don Juan lanzó un grito terrible, histérico, que produjo un eco lúgubre en las peñas; su rostro se descompuso por un terror pánico y supersticioso, y una convulsión que contrajo sus mandíbulas y un espanto que agolpó coagulada la sangre en su corazón, le hicieron permanecer silencioso é inmóvil, mirando con ojos extraviados, como los de un loco, al Capitán, no menos conmovido que él.

Fernando, rota su pierna, para poder ponerse de pie, se agarraba por un instinto de conservación, á las ásperas peñas, por donde á su pesar se precipitaba

á alguna distancia de los dos pálidos viajeros.

Logró por fin detenerse en una; pero los golpes, la sorpresa y la sangre que perdía, agotaron sus fuerzas y se desmayó.

El Capitán, á pesar de estar de pié, se irguió pálido y amenazador delante de Don Juan, que se había quedado inerte como la hija de Loth, al convertirse en estatua de sal, por haber vuelto sus miradas á Sodoma, la impura ciudad maldita del Señor.

Al cabo de un rato de terrible silencio, dijo con un acento que revelaba la cólera, el desprecio y cierto sangriento placer de encontrarle.

—¿Con que al fin nos volvemos á hallar después de dos años, y cuando usted, ¡infame! me creía muerto?

Don Juan ni se movió.

El Capitán continuó:

—Sí, nos hallamos, y ¡en qué circunstancias! cuando acaba usted de dar la muerte traídoramente á un hombre que rueda allá abajo.

Don Juan quiso moverse, quiso huir; pero el terror le había quitado sus movimientos y permaneció clavado sobre su silla.

El Capitán continuó implacable.

—¿Y sabe usted, que á ese joven le amaba con todo mi corazón? ¡Miserable!



responda usted, ¿qué ha hecho del otro, de aquel noble anciano?

Don Juan quiso articular algunas palabras; pero el terror ahogó su voz en su garganta, y sólo pudo lanzar un grito ronco é inarticulado.

—¡Ah! no responde usted, ¡infame! ¡traidor! ¡Júdas! yo le escupiría á usted en la cara, si no tuviese una espada con que defenderse por la última vez, porque esta tarde es la última vez que nos estamos mirando, y sólo uno de los dos debe descender; sólo uno de los dos, ¿lo oye usted? ¡cobarde!

La sangre del noble anciano Hidalgo pide sangre, la sangre de ese joven que era mi hermano, pide sangre.

¡Oh! ellos la obtendrán, empuñe usted pronto su espada, porque si no le mataré como un asesino, como lo merece; si aun hay un resto de valor en esa alma de lodo, descienda usted del caballo y defiéndase.

Don Juan, mientras hablaba el joven, comenzó á recobrar su serenidad, se vió á caballo, con una espada y una pistola cargada, mientras que su contrario estaba á pie, y por su alma cruzó un siniestro y traidor pensamiento.

Oyó con calma las justas recriminaciones que le dirigía el irritado joven, meditó, calculó un momento su acción, y antes de que el Capitán se arrojase so-

bre él, le disparó su pistola á boca de jarro á la cabeza.

El joven se dejó caer ligero como la luz, se volvió á levantar, se apoderó de las bridas del caballo del traidor, antes de que volviese de su sorpresa ó pensase en huir, y pálido, resuelto, sereno y silencioso, apoyó su pistola contra su pecho é hizo fuego.

Don Juan lanzó un rugido y cayó á plomo, como si fuera una estatua, del caballo.

El Capitán se inclinó á él, sombrío como la muerte; le vió revolcarse y estremecerse con las últimas convulsiones de la agonía, y murmuró con sordo acento:

—¡Asesino!, ¡traidor!, ¡y cobarde! yo no he sido más que un instrumento de la cólera divina; tu triple asesinato y tu triple traición han sido castigadas, porque aun hay justicia en el cielo y virtud en la tierra.

Don Juan hizo aún un último estremecimiento y murió.

El Capitán se irguió pálido y silencioso; se dirigió al lugar en que Fernando había desaparecido, y lanzó sus penetrantes miradas entre los peñascos.

Al ruido del tiro, Fernando volvió en sí de su desvanecimiento, trató de incorporarse.

El Capitán le vió de pie, y lanzando un grito de alegría, corrió á él.

Fernando oyó aquel grito, y al volver su rostro, vió acercarse una sombra, de él bien conocida y tiernamente amada.

—Fernando!

—¡Gil Gómez!

Este doble grito se confundió en uno solo.

Los dos jóvenes se estrecharon, permaneciendo un largo rato en silencio, porque su emoción les impedía hablar.

Pero sin hablar se lo habían dicho ya todo.

—¡Fernando!, ¡hermano mío! exclamaba llorando Gil Gómez; por fin después de tanto tiempo te vuelvo á hallar, cuando hace un momento te creía muerto por ese infame.

—Pero, ¿en qué tristes circunstancias nos encontramos, Dios mío!, murmuraba Fernando.

Y los dos volvieron á estrecharse en silencio.

—Estás herido. ¿no es verdad?, preguntó al cabo de un momento Gil Gómez, cuando la primera emoción de volverse á ver hubo pasado, para hacer lugar á los recuerdos y á una tierna intimidad.

—Creo que es un simple rasguño, que no habrá interesado el hueso, porque puedo andar perfectamente; pero un presentimiento me dice que acabas de salvarme la vida.

¡Ese hombre!, ¿qué ha sucedido?, preguntó Fernando, recordando bien lo que acababa de pasar.

—Ese hombre, ha recibido ya el castigo que Dios le tenía destinado por sus crímenes, respondió melancólicamente Gil Gómez.

—¿Le conocías acaso?

—Demasiado.

—¿Ha muerto?

—Ha muerto.

—¿Dónde le habías conocido?, hermano mío?

—Há dos años, una tarde después de haber tendido un lazo infame á un noble anciano que proclamaba la más santa de las causas; me ha dejado por muerto en los desiertos del Potosí.

Mira, continuó Gil Gómez entreabriendo su camisa y enseñando á Fernando el surco que en su pecho había dejado una bala al deslizarse sobre sus costillas; mira, yo debía haber muerto, pero he escapado por un milagro, y Dios me ha dejado la vida para salvar la tuya y para castigar á un criminal, monstruo que la misma tierra desechaba.

En este momento llegaron á donde estaban los jóvenes varios soldados, á quienes los tiros atraían, haciéndoles abandonar los escondites en que su Capitán los había colocado.

Gil Gómez les dijo que habían muer-

to á un espía; les ordenó sepultar su cadáver y apoderarse de su caballo, lo mismo que buscar por las cercanías al herido del joven y retirarse á esperar sus órdenes.

Los soldados ejecutaron lo que se les había mandado y se retiraron á cierta distancia.

—¿Y á dónde te dirigías?, ¡hermano mío!, preguntó cuando hubieran quedado solos, Gil Gómez.

—¿A dónde?, á unirme con Clemencia, para no separarme más de ella, respondió Fernando con pasión.

—¿Sabes que se encuentra en Jalapa, lo mismo que Don Esteban, que debe haber llegado ayer?

—Sospechaba lo primero; pero ignoraba lo segundo.

—¿Sabes que Clemencia está muy enferma?

—Me lo figuro, dijo Fernando con un suspiro; pero ¿cómo sabes tú todo eso?

—Aunque no he vuelto más á San Roque, no he dejado, sin embargo, un momento de velar por sus habitantes, y ha habido veces en que me he hallado sólo á un cuarto de legua de la hacienda.

—¿Y has visto á mi padre y á Clemencia?

—Les he visto sin que ellos lo hayan sabido; pero no he vuelto á hablarles más.

—¿Por qué?

—Porque he sido demasiado ingrato con mi protector, para atreverme á mirarle á la cara, respondió Gil Gómez melancólicamente con un suspiro.

—¿Tú, Gil Gómez?

—Yo, Fernando, y por seguirte.

—¿Es posible?

—Escucha la historia de mi vida, desde que nos separamos hace dos años.

Y entonces los jóvenes, sentados en un peñasco, con sus manos afectuosamente enlazadas, medio envueltos por las nubes tintas crepusculares y por las nieblas que el Cofre de Perote lanzaba hacia Jalapa, se contaron mutuamente su historia y los lazos terribles que los habían unido con el hombre que acababa de morir, lamentando la fatalidad que les había impedido reunirse.

—Y ahora, ¿nos reunimos para siempre, hermano mío?, preguntó Fernando al cabo de un rato y cuando hubieron concluido su confidencia.

—¡Imposible, Fernando! mi brazo sostiene una causa que no abandonaré sino hasta morir ó verla triunfante, dijo Gil Gómez.

—¿Pero me acompañarás á Jalapa?

Te acompañaré, porque preveo una grave desgracia para tí y en la que necesitarás de mis consuelos.

—¿Una desgracia?

—Sí, pero no hablemos más de ello.

Un soldado vino á avisar á su Capitán que por los indígenas que venían de Jalapa, habían tenido noticia que el convoy se había detenido á pernoctar en esta ciudad.

—¡Está bien!, ¿han enterrado el cadáver y han recogido los caballos?, preguntó Gil Gómez.

—Sí, mi Capitán, todo se ha hecho, respondió respetuosamente el insurgente.

—Traiga usted ensillados dos de los caballos que están de refresco allá abajo en la venta, y diga al Alférez Peña que venga inmediatamente.

El soldado fué á ejecutar lo que se le mandaba.

A poco se presentó el Alférez, joven de dieciocho años entonces, que hoy duerme para siempre con sus insignias de Capitán y su espada de valiente, en el campo de matanza de la "Angostura."

Gil Gómez le ordenó retirarse con la guerrilla hacia el rumbo de Actópan, mientras que él permanecía en Jalapa para observar las operaciones del enemigo.

El soldado trajo dos caballos.

La guerrilla se reunió y marchó en buen orden, en la dirección indicada.

—¡Y ahora á Jalapa!, exclamó Fernando tendiendo sus brazos hacia la hermosa ciudad, que encerraba todo lo que amó en la vida.

—Sí, á Jalapa, respondió lacónicamente Gil Gómez, lanzando una última mirada al sitio en que dormía Don Juan con su último sueño.

—Sí, á Jalapa, donde está el amor, la calma, la felicidad, mi puerto de salvación en las tempestades del mundo.

—O la tumba de tus ilusiones, murmuró Gil Gómez.

Y los dos jinetes lanzaron sus caballos al galope, desapareciendo á poco entre las tinieblas de la noche y las brumas que el cofre de Perote enviaba hacia Jalapa.

